

EL SAQUET DE LA BERENDA DE MANOLO EL ZURDERO

Al tío Manolico el Zurdero, de la calle San Miguel, le conocí en mi infancia. Solterón empedernido, se decía de él que era más gandul que alto era su macho tordillo. Pero ello no impedía que sacara su macho para ir a trabajar al bançal cuantos días tiene el año, salvo en San Antón que lo enjazaba para salir a las muletas.

De él recuerdo que era alto, *templao*, buen mozo y mejor *arreglao*. Del campo y sus tareas nadie sabía la mitad que él: qué hacer en menguante, qué plantar o no en creciente,... Con lo que, apoyándose en los conocimientos del tío Patas de su vecindad, pontificaba desde la fuente-abrevadero de la calle de San Antón a quien quisiera escucharle; así se podía oír con cierta sorna:

- Manolo, ¿plantamos ya o esperamos aún?
- Yo ya hace una semana que planté... tu entretente lo que quieras, que ya verás... –respondía rápida y altaneramente, mientras a otro le espetaba:
- Mal año este que se avecina... No sé si sembraré u qué...

En definitiva y parodiando, podríamos decir que labrador–hablador... poco trabajador.

Cualquier hoja que moviera el viento era suficiente para levantar la vista y enhebrar conversación con quien pasara por el camino.

Es el caso que este día estaba con su macho tordillo labrando un olivar que el tío Cerilo tenía junto a la Rambla, allá por la Isla del Charral. Sólo y aburrido de tanto ir y volver con el *forcat* de punta a punta del bançal, iba pensando que, a este paso, acabaría a media mañana la faena, a no ser que alguien apareciera por los aledaños e hilara alguna *llorenza*.

Y cual si los hados hubieran dispuesto que la faena le llenara toda la mañana, resulta que cerca de allí pasaban los *hermanicos* Pedro y Ricardo Montañala, conocidos

por doquier en razón del hambre que llevaban atrasada no de un día ni dos, de una semana ni dos... es que no alcanzaban nunca a poder hacer una comida decente.

Caminaban, como casi siempre, cual sabuesos en busca de algo que llevarse a la boca: olfateando y mirando cada uno en sentido contrario al otro. Nada por aquí, ningún *cepet* ni *zafanorias*, ni siquiera un habar... ná de ná.

- ¿Qué dices? ¡Mira! –señalaba Ricardo hacia la olivera que, sombreando a Pedro, sostenía el *saquet de la berenda* de Manolico, mientras le susurraba a Pedro– ¡Hoy sí que nos vamos a llevar algo al coletto!
- Ay, sí...
- Escucha...



... mientras le explicaba la estrategia a seguir. Toma esa caña, le explicaba, y haz como si estuvieras pescando en medio de la rambla; yo daré la vuelta por detrás y, como Manolo es un *cuchapandero*, se te acercará *pa* ver qué haces y *demientras* él esté con tú, dándote razones, yo arramblaré con el *saquet*.



Así lo hizo Pedro. Imitaba cual si lanzara el anzuelo una y otra vez; tantas y tan ostensiblemente lo hacía que Manolo no pudo vencer la tentación de dejar la esteva, acercarse y preguntar:

- ¿Qué se pesca ahí en la rambla entre las piedras?
- No, qué va... –le respondió–, ¡Quien ha de pescar es mi *hermanico*!

Por la Transcripción
José Cerdá Aparicio